



VOL: AÑO 8, NUMERO 21

FECHA: ENERO-ABRIL 1993

TEMA: IDENTIDAD NACIONAL Y NACIONALISMOS

TITULO: **Identidad nacional y nacionalismo en México**

AUTOR: *María García Castro* [*]

SECCION: Artículos

EPIGRAFE:

Cuando se hundan hábitos seculares, cuando desaparecen modos de vida, cuando se evaporan las viejas solidaridades, es fácil por cierto, que se produzca una crisis de identidad (Lévi-Strauss, 1981: 8).

RESUMEN:

La identidad nacional, promovida por los Estados-nación para legitimar su posición hegemónica, comparte con otras formas de identidad colectiva toda una serie de elementos. Sin embargo, responde a condicionantes histórico-políticas particulares, que al estar modificando profundamente en los tiempos actuales -a consecuencia de procesos de globalización económica y cultural- afectan los límites y las diferencias entre Estados nacionales y con ello los contenidos mismos de dichas identidades nacionales. De ahí las intensas transformaciones de la identidad nacional en nuestro país hoy día.

ABSTRACT:

National Identity and Nationalism in Mexico.

The national identity is promoted by a Nation-state to legitimize a hegemony position. It shares a series of elements with other collective identity forms. It responds to particular historic and politic conditions. These are deep and constantly changed due to the globalizing economic and cultural processes that take place. Thus, the limits and differences between National States, and their national identities are affected. This explains the intense transformation of the national identity in our country today.

TEXTO

Introducción

Un análisis político que pretenda captar las grandes tendencias que orientan hoy día las transformaciones tanto de las estructuras políticas de nuestro país como de los sujetos políticos y sociales y de las instituciones en nuestra sociedad, tendrá que ocuparse de indagar qué es lo que está ocurriendo en el plano de las identidades sociales y, en particular, del nacionalismo (como "forma específicamente moderna de identidad colectiva" [Habermas, 1989: 89]), como consecuencia de las modificaciones en la posición de nuestro país en el concierto de las relaciones internacionales.

Nuestra intención en este escrito es mostrar que la identidad nacional, promovida por los Estados-nación para legitimar su posición hegemónica, tiene una vigencia determinada por las necesidades del propio Estado-nación. También deseamos plantear que la identidad nacional, una vez cumplidos sus objetivos históricamente convenientes para lograr la hegemonía de determinados grupos de interés, puede desaparecer o desdibujarse y, con ello, permitir que afloren otro tipo de identidades sociales que expresen nuevas formas relacionales entre el individuo y la colectividad. En el caso de México queremos preguntarnos, desde este enfoque, por los efectos que la política modernizadora del régimen actual podría estar acarreado sobre el discurso nacionalista del Estado posrevolucionario y sobre la identidad nacional producida desde éste.

I. La identidad nacional

Consideramos que la identidad nacional, al ser una forma particular de la identidad social, debe ser abordada como una cuestión cuyo origen se ubica en el plano de la construcción de las subjetividades, es decir, de la constitución de los individuos en sujetos políticos mediante su incorporación a un orden simbólico determinado, expresado por un discurso que incluye o excluye referentes con la intención de cohesionar a una sociedad a escala nacional y establecer sobre ella una hegemonía política. Es decir, con la finalidad de crear una conciencia de unidad, de pertenencia a un colectivo, de toda la población que habita un territorio determinado.

La identidad social es un sistema simbólico constituido con base en referentes materiales que, por separado, conforman órdenes analíticos distintos. Se trata de referentes socialmente seleccionados y codificados para marcar fronteras simbólicas con respecto de otros actores sociales. La identidad social, como sistema, remite al ordenamiento interno y a las relaciones que tienen entre sí los distintos referentes (Lévi-Strauss, 1981). La identidad nacional, como sentido de pertenencia a un colectivo determinado, presupone -como cualquier identidad- la existencia de una destotalización como condición indispensable para el establecimiento del sentido de la igualdad y la otredad. La cuestión del Otro es constitutiva de la identidad (Benoist, 1981), tanto en el plano del sujeto considerado en forma individual en su proceso de identificación primaria o de constitución del yo, como a nivel de la constitución de las identidades colectivas en general: ya se trate de identidad de género (García Castro, 1991), de identidad racial o de cualquier otra identidad colectiva, incluyendo la nacional. Este hecho sitúa la cuestión de la identidad en la topología de la diferencia (Benoist, 1987).

La identidad, como expresión de la necesidad de diferenciación, conlleva un sentido de afirmación de sí mismo frente al Otro. Así pues, el contenido positivo de la identidad social, como conciencia de la igualdad y la otredad, se define marcando la comunidad entre los que, con base en ciertos referentes, se consideran iguales; en tanto que su contenido negativo marca la separación que, con base en los mismos referentes, distingue a los otros. Al mismo tiempo, la diferencia establece un principio de interdependencia así como las reglas de relación con el otro (Lévi-Strauss, 1983). La percepción que un grupo desarrolla de sí mismo y de los otros es un elemento que al mismo tiempo que lo cohesiona, lo distingue (Proudhomme, 1988: 73). La identidad social supone un sentido de adscripción o pertenencia que se sustenta en el hecho de compartir un discurso social común (cohesionador y distintivo): un universo común de valores, reglas, tradiciones, conocimientos, expectativas, prácticas, etc. significados como comunes a una colectividad imaginaria. El hecho de compartir esos elementos confiere a los individuos su calidad de miembros del grupo o la sociedad en cuestión.

La peculiaridad de la identidad nacional consiste en hacer coincidir dicho discurso común con un proyecto de nación (independientemente de que ésta exista o sea sólo un ideal).

Es el referente -necesariamente imaginario como referente- de nación lo que hace iguales entre sí a los connacionales, al mismo tiempo que marca el criterio de diferenciación con respecto a los Otros, es decir, los extranjeros. La identidad nacional remite a una dimensión ideológica que implica tanto la identificación con un proyecto de nación como un sentimiento de pertenencia a una nación y a su cultura. [1] Pero ni la identidad nacional ni el proyecto de nación que le da vida son inmutables, sino que se encuentran permanentemente sometidos a variaciones, es decir, no están definidos de una vez para siempre, sino que en ellos se expresan los cambios relacionales de la colectividad tanto en su interior como hacia el exterior.

Esta forma de concebir la cuestión de la identidad nacional al nivel de la constitución de las subjetividades permite plantear que el problema de las nacionalidades responde a una misma lógica, ya sea que nos ocupemos de analizar procesos estatistas de unificación y centralización [2] (nacionalismo estatista), o bien, que se busquen explicaciones a los movimientos separatistas, de recuperación o resistencia y a los nacionalismos previos al nacionalismo estatal sobre la base de una concepción etnicista de la nación, la cual considera que etnia, pueblo, nacionalidad o nación constituyen identidades "naturales", en contraste con el "artificio" del Estado (Smith, 1976: 225). Desde esta perspectiva, la nación como ámbito del Estado puede ser vista como nación secundaria, y la identificación con ésta, como sobrepuesta a una identificación nacional previa, más profundamente anclada en elementos autóctonos, referida a prácticas, rituales, mitos, etc. profundamente arraigados en los modos de vida de las colectividades. [3] La identidad nacional propuesta desde el Estado se sobrepondría, pues, a las identidades "profundas" (Bonfil, 1990). La existencia de estas sobreposiciones de identidades, muchas veces llevadas a cabo violenta o autoritariamente, y que no logran una real integración de la identidad nacional propuesta por el Estado con las identidades nacionales no estatales o preestatales a las que el Estado quiere someter a su hegemonía, es desde luego una causa muy importante de la presencia actual de los movimientos nacionalistas o los procesos separatistas -a los que Abdel Malek (1970) llama "nacionalitarios" para distinguirlos de los procesos de dominación política o "nacionalistas"-, que se presentarían hoy como reapariciones de formas de integración social previas al control del Estado-nación. Pero estos procesos pueden también expresar nuevas identidades, recientemente constituidas, al margen del Estado y hasta en contra suya, como movimientos de resistencia.

La identidad nacional como identidad producida desde el Estado convive con otras formas de identidad colectiva más cercanas a las prácticas cotidianas de los sujetos sociales. Pero ya sean nacionales, regionales, étnicas u otras, las entidades sociales que sirven de referente a las identidades sociales no existen en sí, sino que son el producto de un trabajo de producción de sentido (Castoriadis, 1983), es decir, son el producto de una significación determinada de cierto tipo de relaciones sociales, son recortes subjetivos de la realidad social. Esto ubica el problema de la identidad social en el terreno de la lucha ideológica: en la constitución de la identidad nacional el Estado impone un discurso nacionalista pretendiendo englobar y subordinar (circunscribir) a toda otra identidad nacional, regional, étnica, etcétera.

Pero de la elaboración de un discurso con pretensiones hegemónicas a su asimilación o apropiación por parte de los sujetos a quienes va dirigido, el tránsito no es automático. El discurso no se interioriza por decreto; en la interiorización o efectiva interpelación de los sujetos por dicho discurso intervienen múltiples factores, promotores del establecimiento de prácticas concretas en las que se cristalizan esos discursos. La familia, la escuela, la literatura, el cine, la pintura, los medios masivos de comunicación, etc. son los vehículos para la interiorización del discurso identitario; de ellos se vale también el Estado para introyectar los referentes de su discurso nacionalista. [4]

La cuestión ¿quiénes somos nosotros? significa preguntar qué formas culturales, qué sistemas de símbolos significativos deben emplearse para dar valor y sentido a las actividades del Estado y, por extensión, a la vida civil de sus ciudadanos [Geertz, 1987: 209].

En la necesidad de ganar la contienda ideológica, las ideologías nacionalistas-estatistas mezclan elementos esencialistas y epocalistas, es decir, formas simbólicas extraídas de tradiciones locales con formas propias del movimiento general de la historia contemporánea. Los aspectos esencialistas de las ideologías nacionalistas procuran a éstas referentes identitarios ya interiorizados como propios por los sujetos sociales, pero refuerzan o mantienen los particularismos que funcionan como inhibidores del proceso de igualación nacional. Los aspectos epocalistas, por el contrario, unifican pero desarraigan, porque acarrear homologaciones culturales y proponen, además, la incorporación de referentes cuyos alcances desbordan los límites de lo nacional, lo cual provoca la "globalización" o el desdibujamiento de las diferencias entre naciones. De la correcta hibridación de estos dos tipos de aspectos dependerá el éxito del Estado en la imposición de su discurso nacionalista.

Pero el nacionalismo estatal contiene una lógica contradictoria de origen, expresada en la tensión unificación-diferenciación: por un lado las orientaciones universalistas de valor del Estado de derecho y la democracia; por el otro, las orientaciones particularistas de una nación frente al resto del mundo (Habermas, 1989: 90).

Resultado de las orientaciones universalistas de los Estados-nación y del impresionante desarrollo de las interrelaciones entre ellos, hoy en día estas entidades resultan, como señala Edgar Morin, demasiado pequeñas para los problemas contemporáneos, que son todos internacionales: economía, ecología, transportes, derechos del hombre, etc. (Vauris y Kervean, 1992).

Frente a la creciente importancia otorgada por los Estados a estos problemas contemporáneos transnacionales, los rasgos esencialistas de sus discursos nacionalistas han sido desatendidos y han pasado a ser parque de nacionalismos distantes o diferentes al del Estado. Por uno y otro lado, sea por la construcción de ámbitos supraestatales o panestatales, sea por el fortalecimiento o la creación de ámbitos nacionales no estatales (subestatales), el nacionalismo de Estado parece estar perdiendo terreno frente a la constitución (o el fortalecimiento) de identidades que minimizan o desplazan el referente de Estado-nación como criterio de la igualación o la diferenciación. Se trata de una globalización y una subdivisión que parecerían estar, así, creando entidades significativas cuyos discursos estarían ganando al nacionalismo estatista espacios importantes de control ideológico sobre los sujetos sociales.

II. El discurso nacionalista del Estado posrevolucionario en México

En los últimos años la identidad nacional en México está viviendo intensas transformaciones al modificarse violentamente el proyecto de nación que ha constituido un elemento vertebral del discurso nacional surgido del movimiento social independentista de 1810.

El proyecto nacional mexicano ha transitado por etapas distintas, marcadas por la redefinición de las relaciones entre diversos grupos de interés en el interior del país y con el exterior. Después de 1917 el discurso de la Revolución Mexicana fungió como eje del proyecto nacional, y se mantuvo durante un período de alrededor de setenta años como el elemento vertebral de unificación nacional. Dicho discurso pretendía dar cabida en el

proyecto nacional a los más diversos sectores de la población y se erigió como defensor y legitimador de la presencia de los rasgos tradicionales populares de la cultura mexicana, aglutinándolos al mismo tiempo dentro de un programa modernizador del país que permitiera a éste acceder al desarrollo sin perder sus particularidades o esencialidades culturales. Se comprometía a beneficiar a todos los mexicanos al hacerlos partícipes de las bondades del desarrollo. El nacionalismo se erigió así en el discurso legitimador del Estado surgido de la Revolución (Gellner [1988: 250] considera el nacionalismo como el discurso legitimador del Estado).

Durante ese período, la identidad patria o sentimiento de pertenencia de las grandes masas al Estado-nación podía explicarse por la identificación con un discurso nacional que pregonaba la defensa de ciertos valores y referentes culturales considerados como propios por diversos grupos, etnias o sectores del país. Este discurso, producido desde el Estado, pretendía hallarse fuertemente comprometido con la promoción de los intereses y los valores de los sectores más desfavorecidos y más numerosos de la población, al mismo tiempo que daba cabida a un proyecto modernizador nacionalista. En este sentido, podríamos decir que se trataba de un discurso nacionalitario (del que hablamos más arriba).

El autoritarismo del Estado frente a cualesquiera grupos de interés que quisieran sobreponerse al "interés común" se reconoció dentro de la Constitución de 1917 como necesidad del momento histórico, así como su permanente intervención en la toma de decisiones económicas, políticas y sociales. El intervencionismo estatal fue concebido como condición ineludible del nacionalismo considerado en sus dos sentidos o alcances: primero, nacionalismo como antiimperialismo (esto es, como contenido negativo de la identidad social, del que hablábamos antes), es decir, como reivindicador del principio de soberanía y autodeterminación de una colectividad "imaginaria" llamada nación mexicana. Este aspecto del nacionalismo demarcaba lo nacional frente a lo externo, es decir, se ocupaba de establecer la diferencia y la distancia con respecto a los Otros. El nacionalismo (en este sentido antiimperialista) representó un criterio de unificación que subrayaba más las diferencias con el Otro que las coincidencias o rasgos comunes con los connacionales, pero cohesionaba a los mexicanos en torno a la defensa de sus intereses frente a los extranjeros. El segundo sentido o alcance del nacionalismo que hacía indispensable la presencia del estatismo era el de la necesidad y la conveniencia de lograr la integración nacional, hacer de México uno (este sería el contenido positivo de la identidad social), y tendría que responder a la pregunta de: ¿quiénes somos los mexicanos? o, dicho de otra forma, ¿qué hace que todos nosotros seamos "mexicanos" a pesar de nuestras diferencias? En este punto el discurso nacionalista se encargó de construir una identidad social sobre la base de rasgos y experiencias que podían parecer distintos mientras faltaba el "principio de pertinencia" para convertirlos en indicios de pertenencia (para utilizar la terminología de Bourdieu [1982:153]).

Así, el discurso de la Revolución Mexicana justificó no sólo la hegemonía del Estado surgido de la lucha armada, sino también la necesidad de su intervención permanente e intensa en todos los campos de la vida en el país (el intervencionismo estatal). El Estado no sería un mero árbitro, sino un verdadero promotor tanto en la economía como en la política, la educación, etcétera.

Por encima de particularidades y diferencias culturales existentes entre las etnias y los grupos de comunidades regionales, el discurso nacionalista se encargó de recuperar tradiciones y prácticas populares que dieran cuerpo a nuestro "ser mexicano" y absorbió así las identidades profundas de diversos grupos para incorporarlas a la nueva identidad que justificaba al nuevo Estado (Vázquez, 1975), pero al mismo tiempo disolvió o subsumió las identidades regionales y étnicas.

Estado y nación mexicanos posrevolucionarios se construyeron así a imagen y semejanza el uno de la otra, pues es dicho Estado el que crea a esta nación como colectivo imaginario y lo hace mediante el discurso nacionalista revolucionario, que se encarga de convertir una unidad política en unidad cultural, tan arbitrariamente construida como sea necesario para hacer aparecer como colectivos los intereses de pequeños grupos. La nación como efecto del Estado (Rocker, 1977: 154) y la posibilidad de la correspondencia entre aquella y éste se fincaron en un determinado discurso, anclado en la construcción de relaciones sociales y representaciones simbólicas que funcionaron como referentes de la identidad nacional de un pueblo enormemente heterogéneo.

Pero este esquema, que se mantuviera con variaciones de mayor o menor importancia a lo largo de poco menos de siete décadas (con el cardenismo y el alemanismo constituyendo quizás los límites de estas variaciones), está sufriendo desde principios de los ochenta alteraciones radicales: la modernización que el gobierno impulsa modifica la naturaleza del Estado y, con ello, a la nación (Monsiváis, 1992). La incorporación de nuestro país al Tratado de Libre Comercio de América del Norte, el adelgazamiento del Estado o proceso de desestatización de amplios sectores de la economía nacional, el abandono del corporativismo como forma privilegiada de negociación entre las distintas fuerzas políticas del país, la incorporación masiva de mercancías importadas que alteran prácticas cotidianas, el intensivo bombardeo de información proveniente del exterior, fundamentalmente de los Estados Unidos, el abandono de múltiples compromisos sociales contraídos durante el movimiento revolucionario o en los primeros años posrevolucionarios, son sólo algunas de las formas en que se manifiesta el proyecto modernizador salinista.

En los últimos diez años el Estado ha ido borrando del discurso nacionalista, por un lado, los referentes de identificación que subrayaban nuestra diferencia con "el otro", el extranjero; y por el otro, en aras de la eficiencia, también ha ido borrando aquellos referentes que recogían los rasgos autóctonos de lo mexicano (o de las diversas identidades étnicas que componen el mosaico mexicano).

¿Cuáles son los efectos posibles del cambio de estructura del Estado sobre las prácticas cotidianas de los millones de mexicanos que integran una nación cuyos referentes han sido "modernizados"? Queremos preguntarnos por los efectos que sobre los procesos de identificación colectiva puede estar desencadenando dicha modernización.

Puesto que toda ideología se materializa en prácticas y toda práctica está siempre respaldada en una ideología (Althusser, 1982), consideramos que es en la vida cotidiana donde concretamente pueden captarse los efectos de la tensión entre el culto a la eficiencia, promovido por el discurso modernizador, y la vigencia de las tradiciones; como expresión de la clásica tensión en todo proyecto nacional de Estado entre esencialismo y epocalismo.

Cuando en la práctica cotidiana las formas de consumo, producción y reproducción son cada vez más fruto de procesos internacionalizados, cuando la silueta del Otro es cada vez menos clara porque es cada vez más parecido su perfil al nuestro (o al menos las diferenciaciones ya no pasan fundamentalmente por la nación), cuando las condiciones objetivas de vida están cada vez menos marcadas por rasgos esencialistas ineficientes, lo menos que podemos pensar es que el discurso nacionalista ha dejado de tener los grados de funcionalidad para el sistema político que tuviera durante los años del nacionalismo revolucionario. Este nacionalismo ha ido perdiendo su contenido negativo (diferenciación con respecto del Otro) y también su contenido positivo (reconocimiento de rasgos comunes pertinentemente seleccionados de las tradiciones autóctonas). El Estado

benefactor (intervencionista) ha sido desplazado por el Estado mínimo modernizador. ¿Será posible que este Estado logre cristalizar su nuevo discurso en una nueva identidad nacional, o es que esta última sale sobrando hoy en día?

CITAS:

[*] Profesora-investigadora del área de Teoría de las Formaciones Sociales, Depto. de Sociología, UAM Azcapotzalco.

[1] Aunque identidad nacional e identidad cultural corresponden a niveles de análisis distintos, en la realidad están íntimamente relacionados. Véase Valenzuela, 1992.

[2] Rudolf Rocker concibe a la nación como producto del Estado, desconociendo así la existencia de ésta en forma previa o separada del Estado, de donde se deriva que para él sólo es nación aquella que es producto del Estado (Rocker, 1949).

[3] Para esta distinción entre nacionalismo estatista y nacionalismo etnicista, véase Jáuregui, 1986: 55ss.

[4] "Las identidades se insertan en prácticas cotidianas a través de la familia, el barrio, el ámbito de trabajo, las condiciones objetivas de vida mediante la identificación con proyectos imaginarios, donde las personas se incorporan en diferentes comunidades religiosas, juveniles, étnicas, etc." (Valenzuela, 1992) y -nosotros agregaríamos-nacionales.

BIBLIOGRAFIA:

Abdel Malek, A. (1970), *La pensée politique arabe contemporaine*, Seuil, París.

Aksin, B. (1968), *Estado y nación*, FCE, México.

Althusser, L. (1982), "Ideología y aparatos ideológicos del Estado", en *La filosofía como arma de la revolución*, Pasado y Presente, México.

Benoist, J. M. (1981), "Facetas de la Identidad", en C. Lévi-Strauss, *Seminario La Identidad*, Ed. Petrel, Madrid.

Benoist, J. M. (1987), "La Identidad", en N. Bobbio et al., *Diccionario de política*, Siglo XXI, México.

Bonfil, G. (1990), *El México profundo*, Conaculta-Grijalbo, México.

Bourdieu, P. (1982), *Ce que parler veut dire*, Fayard, París.

Brading, D. (1983), *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, Era, México.

Dubet, F. (1989), "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto", en *Estudios Sociológicos*, vol. 7, núm. 21.

Castoriadis, C. (1983), *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, Barcelona.

García Castro, M., et al. (1991), "El problema de la desigualdad sexual. Más allá del feminismo", en *Sociológica*, núm. 15, UAM Azcapotzalco, México.

- Geertz, C. (1987), *La interpretación de las culturas*, Gedisa, México.
- Gellner, E. (1988), *Naciones y nacionalismo*, Alianza Universidad, Madrid.
- Habermas, J. (1989), *Identidades nacionales y postnacionales*. Tecnos, Madrid.
- Jáuregui, G. (1986), *Contra el Estado nación*, Siglo XXI, Madrid.
- Lévi-Strauss, C. (1981), *Seminario La Identidad*, Ed. Petrel, Madrid.
- Lévi-Strauss, C. (1983), *Las estructuras elementales del parentesco*, Paidós, México.
- Monsiváis, C. (1992), "La identidad nacional ante el espejo", en J.M. Valenzuela (comp.), *Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad cultural y modernización*, El Colegio de la Frontera Norte-Programa Cultural de las Fronteras, Tijuana.
- Proudhomme, J.F. (1988), "Identidad social y representación política en la obra de Pierre Bourdieu", en *Sociológica*, núm. 6, UAM Azcapotzalco, México.
- Rocker, R. (1977), *Nacionalismo y cultura*, Alebrije, México.
- Smith, A. (1976), *Las teorías del nacionalismo*, Península, Barcelona.
- Turner, F. (1971), *La dinámica del nacionalismo mexicano*, Grijalbo, México.
- Valenzuela, J. M. (1992), "Identidades culturales: comunidades imaginarias y contingentes", en J. M. Valenzuela (comp.), *Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad cultural y modernización*, El Colegio de la Frontera Norte-Programa Cultural de las Fronteras, Tijuana.
- Vaurs, M.H., y J.F. Kervean (1992), "El fin de la modernidad. Camino en el desierto. Algún día llegará la lluvia", entrevista con Edgar Morin, en *El Nacional*, 18 a 22 de mayo, México.
- Vázquez, J. (1975), *Nacionalismo y educación en México*, FCE, México.